

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

102

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Beda

HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS

Introducción, traducción y notas de
Agustín López Kindler



Ciudad Nueva

© Agustín López Kindler

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-348-5
Depósito Legal: M-12.104-2016

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estufraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Beda es el erudito más significativo de la alta Edad Media, el más profundo conocedor del latín y el griego, la filosofía y la teología, la historia y las matemáticas de su tiempo, finales del s. VII y primera mitad del VIII. La variedad y extensión de sus obras le han convertido en uno de los autores más prolíficos y cultos de su siglo, hasta el punto de que su estudio ha podido ser, y de hecho ha sido abordado, desde muy diversas perspectivas: historiador, exegeta, teólogo, erudito, padre de la Iglesia, clásico¹. Para comprender de algún modo estas afirmaciones baste decir que la edición crítica de su obra, aparecida en el *Corpus Christianorum* entre 1962 y 2001, consta de once volúmenes con un total de casi cinco mil páginas².

La mayor parte de las informaciones sobre su vida y su obra con las que contamos proceden de él mismo, quien en el último capítulo, el 24, de los cinco libros que dedicó a describir la historia de la iglesia de Inglaterra –su obra más importante y sin duda la más famosa– incluyó múltiples datos autobiográficos³.

1. Cf. P. MEYVAERT, «Bede the scholar», p. 41.

2. En ella no están incluidas obras como *De locis sanctis*, que aparece en el volumen CLXXV de la misma colección bajo el título genérico *Itineraria et alia geographica*, y que Beda compuso entre 702-703 a partir de la obra del

mismo título de Adamnano –a quien llama Arculfo– y de otras fuentes, sobre todo JERÓNIMO y HEGESIPO.

3. Véase J. E. KING, *Bede historical Works*, 2 vol., en The Loeb classical Library, Cambridge (Massachusetts) – Londres, 1930, pp. 382-389.

De acuerdo con ellos estamos ante un monje que ha dedicado su vida a rezar, estudiar y enseñar de palabra y por escrito a generaciones de jóvenes en un rincón apartado de Inglaterra que, en buena parte gracias a su trabajo, se convirtió en un centro de cultura, que contribuiría –como tantos otros en toda Europa– a afianzar la fe cristiana y a salvaguardar de la ciencia greco-latina.

I. BIOGRAFÍA

Beda –también escrito *Baeda*– nació hacia el año 672 en el territorio⁴ del monasterio de Wearmouth (Virimuda), nombre toponímico que alude a la desembocadura (*mouth*) del río Wire, en la Umbría del Norte (Northumberland), actual Escocia. Ese monasterio fue fundado solo en 674 por un eclesiástico, Biscop, con el sobrenombre Benedicto –quizás por su devoción al santo de Nursia, autor de la famosa regla monástica⁵–, que ejercía funciones abaciales en él y en el cercano priorato de Jarrow, comenzado en 681 o 682⁶. Ambas instituciones –bajo el patrocinio de san Pedro y san Pablo, respectivamente– se regían por la regla de san Benito,

4. Dos pequeños pueblos se disputan el honor de haber sido su cuna: Monkton-on-Tyne y Sunderland.

5. Esta afinidad entre Biscop y san Benito de Nursia se inicia posiblemente en la estima en que los monjes de Wearmouth y Harrow profesan a su fundador –*gratia benedictus et nomine*– y trasciende a la tradición manuscrita. En efecto, mientras los manuscritos insulares dan muestras de que ese

santo es conocido y venerado, los continentales tienden a identificarle con el fundador de la orden benedictina.

6. Cf. BEDA, *Vita sanctorum abbatum monasterii in Wiramutha et Girvum* (J.-P. MIGNE, PL 94, 713-715). En la fiesta de este santo varón pronuncia Beda la homilía I, 13, en la que describe algunos rasgos característicos de su personalidad y sobre todo de su obra de fundador.

que el fundador había conocido durante sus viajes por Europa y había vivido en el monasterio galo de Lerins durante dos años⁷.

Cuando contaba solo siete años, de acuerdo con una costumbre entonces muy extendida que hacía posible su formación humana y cristiana, fue entregado Beda por su familia al primero de esos monasterios, para pasar pronto al segundo.

Su vida transcurrió entre estas dos abadías dedicado a aprender, enseñar y escribir, es decir a actividades que le convirtieron en un erudito sin igual. En efecto, el fundador, durante sus frecuentes viajes por las islas y el continente europeo se había preocupado de comprar y recoger muchos manuscritos de libros de todo tipo —desde diferentes versiones de la Biblia, hasta tratados de cosmografía y otras ciencias—, sentando así las bases para que tanto Wearmouth como Jarrow se convirtieran en verdaderos centros de estudios y focos de saber.

La misma línea siguieron sus sucesores, comenzando por Ceolfrido, que dirigió ambos monasterios durante casi tres decenios (688-716), propiciando con su patrocinio la fecunda labor de Beda.

Este tuvo que luchar con no pocas dificultades para lograr sus deseos de transmitir a las nuevas generaciones el acervo de cultura clásica cristianizada que había logrado reunir⁸. Sobre todo, como él mismo explica, por falta de escri-

7. Esta fundación surgió a principios del s. V en la Provenza, concretamente en la isla de san Honorato, frente a la ciudad de Cannes. Desde el principio gozó de un gran prestigio moral que la convirtió en un vivero de obispos santos que gobernaron durante si-

glos las diócesis de la Galia.

8. En los cinco viajes del fundador Biscop por Europa —conoció hasta diecisiete monasterios— recogió una gran cantidad de documentos con los que formó la biblioteca de Wearmouth-Jarrow.

bas y copistas competentes⁹. A partir de su ordenación sacerdotal a los treinta años –es decir, hacia 702– se dedicó a copiar, comparar, buscar fuentes y trabajar sus múltiples textos, que en buena parte superan lo que Isidoro de Sevilla había logrado apenas un siglo antes.

Su vida transcurrió del modo más tranquilo imaginable y esto le permitió tener una gran cantidad de alumnos notables, como los sucesivos abades de los monasterios y sobre todo Nothelm, el futuro arzobispo de Canterbury. A uno de esos abades, Cuthberth, le debemos un relato de la muerte de Beda.

A este Cuthberth había dedicado nuestro autor su primera obra, los tratados *De re metrica* y *De schematibus et tropis*, mientras a otro de los abades, Hvaetberht, apodado Eusebio, dirigió su comentario al Apocalipsis y la importante obra *De temporum ratione*.

Por otra parte, se sirvió de la ayuda como amanuense de Nothelm, que entonces era sacerdote en Londres, para la composición de su *Historia de la Iglesia anglosajona*. Por sugerencia de este último, que le trajo de Roma una serie de cartas para que las utilizara como fuentes de esa obra, compuso Beda sus *Treinta cuestiones sobre los libros de los Reyes*.

Naturalmente no podía evitarse que el modesto erudito, que a lo largo de su vida se contentó con su puesto de sacerdote –solo por excepción se le llama monje–, encontrara amigos entre los grandes del país, tanto políticos como eclesiásticos. Todos le apoyaban y animaban su trabajo¹⁰.

Algo de esto –por desgracia, poco– se trasluce a través de la correspondencia de Beda con ellos. Parece que fue él

9. Por ejemplo, en el Prólogo a su Comentario al Evangelio de Lucas, afirma que él mismo debía ser a veces quien dictaba, copiaba y ordenaba sus textos: *Ipse mihi*

dictator simul et notarius et librarius existerem: Cf. CCL, 120, 7.

10. La situación política era muy poco estable. Si bien es verdad que buena parte de la biogra-

mismo quien las coleccionó y de esa colección cita cinco, que a él le parecían importantes y por eso dignas de resaltar, mientras que para nosotros habrían de ser más importantes las otras, que son más personales. La colección propiamente dicha se perdió y solo se salvaron algunos restos desperdigados, hasta un total de 16, como veremos en su momento.

Los corresponsales más cercanos a Beda parecen haber sido Acca y Albino. El primero de ellos fue hasta el 709 presbítero en Hexham, donde llegó a ser obispo a la muerte de Wilfrido. A él están dirigidas nueve epístolas y parece que fue él quien animó a Beda para que escribiera una serie de libros exegéticos, concretamente: *In Lucam*, *De mansionibus filiis Israel*, *In Esdram et Nehemiam* y *De eo quod ait Isaias: et claudentur...* Además, Beda le dedicó sus escritos: *In acta apostolorum*, *In Marcum*, *De templo Salomonis*, *In Genesim*.

El segundo, Albino, abad de Canterbury, jugó un importante papel en la vida de Beda. Le habían formado el famoso arzobispo Teodoro de Canterbury y el abad Adrián, a quien sucedió en 710. De él dice Beda que sabía bastante griego y que dominaba el latín como su propia lengua materna. Él fue quien impulsó a nuestro autor para que redactara su his-

fía de Beda coincide con los años de reinado de Aldfrith (685-705), que pasa por ser la edad de oro de Northumbria, cuya corte se convirtió en un centro de cultura, sin embargo ese esplendor desapareció a continuación. Toda la región sufrió bajo las rivalidades y los desmanes de los caudillos sucesivos y cuando Cleolwulf, un cristiano, subió al trono en 729 tuvo que abdicar en 737 –dos años des-

pués de la muerte de Beda– ante las tensiones entre familias y partidos rivales. Significativo es, sin embargo, que a continuación ingresó en el monasterio de Lindisfarne. Solo este último dato es de suyo elocuente sobre el importante papel que desempeñó la Iglesia –y más concretamente la vida monástica– en la salvaguarda de la cultura durante este periodo.

toria eclesiástica, dato que concuerda con el significado de Canterbury para la iglesia inglesa: el abad del monasterio más emblemático tenía que estar interesado en que semejante obra se llevara a cabo.

Pero al mismo tiempo Albino proporcionó a su ilustre amigo la documentación más importante, porque a través de Nothelm –a la sazón arzobispo de Canterbury–, le hizo llegar repetidas veces información escrita y oral sobre el pasado eclesiástico de esa sede, ya que él podía informarse de primera mano, no solo sobre el primer obispo misionero, Agustín, sino también de sus compañeros y sucesores. A esas noticias se añadían las cartas papales que el mismo Nothelm había conseguido en su viaje a Roma.

Además, tanto Albino como Nothelm pusieron en conocimiento de Beda material histórico procedente de Essex, Wessex, Ostangeln y Northumberland, completando así la información que había obtenido por otros canales.

Otro amigo fue Eadfried, obispo de Lindisfarne, a quien Beda envió la *Vida de san Cuthbercto*, que había redactado a petición suya.

A Egberto, obispo de York, le envió otra carta, bastante larga, que contiene una serie de advertencias amables sobre la correcta interpretación cristiana de la dignidad episcopal. Este Egberto era primo del rey Ceolwulf de Nordumbria, al que Beda dedicó su historia eclesiástica; de todos estos datos, dispersos pero elocuentes, se deduce la existencia de firmes y regulares contactos del monje con los círculos sociales más elevados de su tiempo.

También mantuvo trato literario con mujeres piadosas. A una de ellas, a quien no nombra pero llama hermana y virgen cristiana, dedicó su *Explanatio super canticum Habacuc*.

Al final de su vida estaba ocupado en una traducción al anglosajón del evangelio de san Juan. Llegó hasta VI, 9. Al mismo tiempo componía extractos de Isidoro para sus alumnos.

Parece que murió en Jarrow el 25 de mayo de 735, víspera de la ascensión del Señor, cuatro años después de la edición de su historia eclesiástica, y ese acontecimiento fue tan importante para sus contemporáneos que fue consignado en los *annales* de tierra firme. Fue enterrado en el monasterio, que funcionó hasta la invasión vikinga a finales del s. IX. Desde el principio fue venerado por sus hermanos de religión y su culto se extendió pronto en Inglaterra. Sus reliquias fueron objeto de un piadoso robo y trasladadas a la catedral de Durham entre los años 1020-1030. Allí fueron profanadas y dispersadas en 1541 por los protestantes anglicanos. El título «venerable», con el que se le honra, se le atribuyó enseguida y sus obras formaron en lo sucesivo una parte sustancial del catálogo de toda biblioteca monástica importante.

Por supuesto está incluido en el santoral de la Iglesia universal y su memoria se celebra el 25 de mayo. Fue proclamado *doctor admirabilis* por el concilio de Aquisgrán en 836 y el papa León XIII le concedió ese título para la Iglesia universal el 13 de noviembre de 1899.

II. EL CONTEXTO CULTURAL

Dejamos de lado el azaroso y violento panorama político de la época en Inglaterra, para concentrarnos en la situación de la Iglesia¹¹. A finales del siglo VII y principios del VIII¹² la cristianización de Inglaterra, bien implantada

11. Reyes, nobles y caudillos militares eran víctimas de conspiraciones, asesinatos, traiciones y combates, hasta el punto de que su permanencia en el poder, e incluso su vida, eran breves. Basta estudiar la lista de reyes de Northumbria en el primer tercio del s. VIII para llegar

a la conclusión de que la media de permanencia en el trono no llegó a seis años. Cf. G. H. BROWN, *A Companion to Bede*, pp. 3 ss.

12. Véase a este respecto las obras de Ch. VUILLAUME —pp. 13-17— y de B. COLGRAVE —pp. 3-17— citadas en la Bibliografía.

en algunos centros de cultura como Canterbury, Londres, York, y en numerosos monasterios, se encontraba entre dos tendencias diversas, tanto por su origen, como por algunos de sus principios organizativos. De una parte estaba la iglesia jerárquica, fruto del ímpetu evangelizador aportado desde Roma por Agustín de Canterbury a partir del año 597, y de otra la misión iniciada por Columbano en Escocia durante la primera mitad del s. VII, que con el tiempo se extendió y llenó de monasterios el territorio insular.

Estaba amenazada, de una parte por el renacimiento del paganismo y de otra por las tensiones producidas entre las dos tendencias que acabamos de describir: fidelidad a Roma o a las tradiciones del monaquismo que se había extendido desde Irlanda y Escocia. A eso se unen las oscilaciones provocadas en la población por la actitud de los sucesivos reyes y caudillos con respecto a la religión, sin olvidar la amenaza continua de invasión del territorio por parte de los vikingos.

La situación es tan lábil que se hace necesaria una segunda evangelización, un nuevo impulso, que Roma no duda en emprender a través del envío de Teodoro de Tarso y Adrián, un monje de origen africano. Estos dos hombres, que llegan a Canterbury el 27 de mayo de 669, emprenden una reforma vigorosa de la vida eclesiástica en la isla. Fruto de ella es, entre otros, la fundación de Wearmouth y Jarrow.

Ahora bien, estos monasterios no reciben solo la fuerte influencia romana de estos hombres. El rey Aldfrid (685-705), educado en la tradición escocesa e irlandesa, es otro de sus promotores más insignes.

De ese modo ambas instituciones se encuentran en medio de esa tensión, que aprovechan para recoger y conjugar aportaciones culturales continentales y célticas hasta el punto de llegar a convertirse en unos focos de cultura para todo el país, que sin duda contribuyeron al desarrollo espiritual del occidente europeo.

En este marco, la opción de Beda es clara y tenaz, su compromiso a favor de la unidad con la sede de Pedro se manifiesta en su interés por implantar la celebración de la Pascua y mantener vivos los usos monásticos procedentes de Roma. Esto se pone de manifiesto no solo en su *Historia eclesiástica*, sino también en la homilía que dedica a la memoria del fundador de su monasterio, como veremos en su momento.

III. LA OBRA LITERARIA DE BEDA

Las obras que sin duda proceden de su pluma¹³ pueden clasificarse así:

1. *Didascálicas*, entendiendo por tales, de una parte las que se ocupan de cuestiones gramaticales –entre las cuales se cuentan *De metrica arte*, *De schematibus et tropis*, *De orthographia*–, y de otra las científicas, ya sean genéricas –*De natura rerum*– ya sean más específicas como las de naturaleza astrológico-aritmética *De ratione temporum*, *De temporibus liber*.

2. *Histórico-biográficas*. Este grupo está integrado, ante todo, por la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, pero también por la *Historia sanctorum abbatum monasteriorum in Wiremutha et Gyruum*, etc., *De vita Cudbercti*, *De locis sanctis*.

3. *Poéticas y literarias*, ante todo *Hymni* y *Epistolae*.

4. *Exegéticas*. Comentarios de buena parte de los libros sagrados.

13. Por tanto, prescindimos de obras que, aunque con reservas, han sido incluidas en el *Corpus Christianorum*. Cf. CCL 123 C, 645-702. La datación aproximada

de cada una de las que enumeramos a continuación puede consultarse en G. H. BROWN, *op. cit.*, pp. 13-15.

Todas, incluso las del primer grupo –que parecen más técnicas y no son sino iniciación o medio para comprender mejor la Revelación–, están imbuidas de espíritu cristiano. Este carácter se desprende, tanto del público al que están destinadas, de ordinario monjes jóvenes que se encuentran aún en período de formación, como de las fuentes que Beda utiliza como ilustración al tema que estudia¹⁴.

1. Obras didascálicas

En el primer grupo hay que incluir en primer lugar el tratado *De orthographia*, orientado a satisfacer las necesidades pedagógicas de la escuela del monasterio¹⁵. Más que de un tratado sobre la ortografía, se trata de un glosario –sentido y etimología de las palabras– ordenado por letras de un gran número de vocablos. Pero, como acabamos de apuntar, los ejemplos aducidos proceden en su mayor parte de la Biblia, sin que falten las citas de Agustín, Gregorio el Grande, Ambrosio y Jerónimo, es decir la gran tradición de la Patrística occidental. Desde el punto de vista técnico, sus fuentes parecen haber sido ante todo Carisio y Diomedes, dos gramáticos del s. IV d. C. que a su vez dependían en buena parte de su predecesor en ese arte Caper, que vivió en el s. II. Sin olvidar a Agrecio, un obispo galo que había escrito a finales del s. IV una obra titulada *De orthographia et proprietate et differentia sermonis et excerpta de iisdem* y que fue citado ya por Ausonio y Sidonio Apolinar.

A continuación, viene el tratado *De arte metrica*, también titulado *De metrica ratione* o *De ratione metrorum*. Se ocupa en primer lugar de las unidades prosódicas, letras, sílabas,

14. Citamos según la edición del *Corpus Christianorum* (CCL), que ha publicado la obra de Beda –como ya hemos dicho– entre los

años 1960-2001.

15. *De orthographia* (CCL CXXIII A, 1-57), Turnout, 1975.

para centrarse a continuación en el estudio del hexámetro y el pentámetro, con un apéndice dedicado a los metros líricos, más recientes desde el punto de vista histórico. Pero a la hora de aducir ejemplos, Beda se concentra casi exclusivamente en poetas cristianos –Juvenco, Prudencio, Paulino de Nola, Próspero, Sedulio, Arator, Cipriano Galo y los himnos de Ambrosio–, a los que añade algunos pasajes de Virgilio y uno solo de Lucano y Terenciano respectivamente¹⁶.

Algo análogo ocurre con el *De schematibus et tropis*, que actualmente es considerado como un segundo libro de la obra anterior¹⁷. Es ya significativo que en buena parte de los manuscritos al título se añade *sacrae scripturae*. En efecto, el texto repasa las figuras literarias de la antigua retórica, ilustradas exclusivamente con ejemplos de la Sagrada Escritura.

En general puede decirse que para sus obras de contenido científico, escritas también con fines pedagógicos en el marco de la escuela monástica, Beda se ha servido de Isidoro de Sevilla, con claras ampliaciones tomadas de la *Historia naturalis* de Plinio y las *Saturnalia* de Macrobio.

Esas son las fuentes principales para su *De temporibus liber*, escrita en 703, que no tiene ni dedicatoria ni introducción¹⁸. Es una obra breve, dividida en 22 capítulos y redactada casi puntualmente según el programa que el autor se traza en la primera frase: «El tiempo se divide en instantes, horas, días, meses, años, siglos y edades».

Efectivamente, al menos la primera mitad de esos capítulos sigue en buena parte ese orden: Instantes y horas (I); día (II); noche (III); semana (IV); mes (V); los meses de los romanos (VI); solsticio y equinoccio (VII); estaciones (VIII); años (IX); año bisiesto (X); ciclo de diecinueve años (XI).

16. *De arte metrica* (*Ibidem*, 59-141).

17. *De schematibus et tropis*

(*Ibidem*, 142-171).

18. *De temporibus liber* (CCL CXXIII C, 579-611), Turnout, 1980.